

# Suárez, el *desarrollismo*, la moderación y una oposición débil: a vueltas con los tópicos sobre la Transición

*Suárez, Developmentalism, Moderation, and a Weak Opposition: Revisiting the Clichés of the Transition*

**Pau Casanellas**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

La figura de Franco fue central en el régimen franquista, también en sus últimos años. A pesar del precario estado de salud del dictador, todavía en la década de los setenta era él quien tenía la última palabra sobre todas las decisiones importantes. La muerte del dictador resultó trascendental para el devenir político del país. Su desaparición funcionó como incentivo para la movilización: desde finales de 1975 y, en especial, durante los primeros meses de 1976, se produjo una auténtica explosión movilизadora que debía mucho a las expectativas de cambio abiertas el 20 de noviembre.

Dicho esto, creo que se ha tendido a exagerar la incidencia del *hecho biológico* en el proceso de democratización. La muerte —o la caída— de Franco era condición de posibilidad para un cambio de régimen, pero no implicaba necesariamente que lo hubie-

ra. De hecho, la legalidad y las instituciones franquistas se mantuvieron incólumes tras el fallecimiento del *Caudillo*. Y no sólo ello, sino que, tras la asunción de la jefatura del Estado por Juan Carlos y la posterior ratificación de Arias Navarro como jefe de Gobierno, la perspectiva gubernamental fue la de conceder algunos retoques de fachada para mantener el edificio franquista en pie.

Aquello que impulsó definitivamente el cambio fue la marea movilизadora de inicios de 1976. La gran fuerza y amplitud de aquella oleada de conflictos, así como la brutalidad represiva con que el Gobierno pretendió atajarla, desacreditó hasta tal punto al ejecutivo que Juan Carlos se convenció de que, si pretendía mantenerse en la silla, tenía que prescindir de Arias. Retrocediendo algo más en el tiempo, la descomposición de la elite gobernante no se entendería sin tomar en consideración la crisis en la que había entrado el régimen desde finales de los años sesenta. Una crisis que, una vez más, debía mucho a la articulación de una protesta sostenida por el antifranquismo.

Sirva como argumento añadido para reforzar lo dicho hasta aquí el contraejemplo de Portugal. Se mantenía allí una dictadura incluso más longeva que la de Franco y que, desde inicios de los años treinta, se había alineado igualmente con el modelo fascista. Su figura central, la del dictador António de Oliveira Salazar, en el poder desde 1932, fue desplazada de la jefatura del Gobierno en 1968 debido a sus problemas de salud, sin que ello precipitara la caída del régimen.

En síntesis (y para concluir): si hay una fecha que merezca ser conmemorada como el momento de establecimiento de las libertades en España, esta fecha no es el 20 de noviembre de 1975, sino el 15 de junio de 1977, momento de celebración de las primeras elecciones pluripartidistas desde las de febrero de 1936.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Tradicionalmente, buena parte de las lecturas sobre la Transición habían tendido a ver en los cambios económicos y sociales de los años del *desarrollismo* un factor determinante en la precipitación del cambio político que supuso el establecimiento de una democracia parlamentaria en España. En esta línea, hizo fortuna la idea de la moderación (y pasividad) de la clase obrera y de amplios sectores de la sociedad española que, influidos por un mayor nivel de vida, habrían contribuido a la democratización por medio de la inacción. Como complemento a este tipo de explicaciones, surgió también desde muy temprano un relato laudatorio del papel ejercido por algunas

de las principales figuras políticas de la Transición. El rol protagonista correspondía, en este caso, a la tríada constituida por Juan Carlos, Adolfo Suárez y Torcuato Fernández-Miranda. La combinación de ambas líneas interpretativas lleva aparejado un corolario algo paradójico: la democratización se habría producido no a pesar del franquismo, sino gracias a las políticas y a los políticos del franquismo.

Desde hace ya más de dos décadas, otro tipo de interpretaciones han ido ganando peso: las que ponen el acento en la incidencia de la movilización social en el desgaste, la crisis y, en última instancia, la caída de la dictadura. Se trata de una línea argumental metodológicamente mucho más sólida, que se ha fundamentado en un amplio elenco de fuentes documentales, la mayoría procedentes del propio régimen. Gracias a ello, se ha podido cuantificar y cartografiar perfectamente la conflictividad laboral, o aproximarnos a la preocupación —incluso alarma— interna de las distintas instancias de la dictadura ante las múltiples expresiones de la «subversión». Ésta tuvo tres grandes protagonistas: el movimiento obrero, el estudiantil y el vecinal, pero muchos otros hermanos pequeños.

Destacan, entre estos últimos, los nacionalismos subestatales. Más que su propia fuerza, la incidencia de estos movimientos radicó en su imbricación en el tejido social del antifranquismo. Ello hizo que, de forma general, la oposición asumiera los postulados básicos de los nacionalismos subestatales, que pasaron a formar parte de los puntos programáticos de las plataformas unitarias del antifranquismo, primero en Cataluña y, luego, en el resto de territorios.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o*

*existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Difícilmente el resultado final de un proceso histórico viene completamente determinado. Lo contrario significaría negar a los sujetos implicados —individuales y colectivos— su capacidad de agencia. En el caso de la Transición, algunos condicionantes limitaron la posibilidad de alcanzar metas más ambiciosas desde un punto de vista emancipatorio: en especial, el firme apoyo a la dictadura de las fuerzas armadas y de los cuerpos policiales. El caso portugués nos sirve de nuevo como contraejemplo: fue posible allí un proceso revolucionario porque, a raíz de la crisis colonial, las fuerzas armadas se fracturaron internamente.

Con todo, no sólo era posible en España un cambio más profundo del que finalmente aconteció, sino que sectores de la elite gobernante y de los organismos de información así lo temieron durante buena parte de 1976. Fraga Iribarne llegaría a comparar las huelgas de Sabadell y Vitoria de los primeros meses del año con la situación creada en Petrogrado en 1917. El gobernador civil de Álava hablaría igualmente, en referencia a la huelga de Vitoria, de un «serio intento revolucionario». Y, hacia finales de septiembre de 1976, los boletines policiales destacaban los miedos de la población del País Vasco —territorio donde la movilización se mantenía muy viva— ante lo que se percibía como una «pre-dictadura roja». Estas coincidencias de diagnóstico ponen de relieve la profunda inestabilidad y crisis de hegemonía del régimen en sus momentos finales, así como los potenciales desarrollos de aquella encrucijada histórica, en la que no pocos —fuera desde el pavor o la esperanza— creyeron que podrían transitarse recorridos alternativos.

El resultado final del proceso tuvo mucho que ver con el pulso librado precisa-

mente en 1976 (y los primeros meses de 1977). Una partida cuya primera mano decisiva se llevó la oposición, al forzar la caída de Arias. El imaginario colectivo imperante tiende a ver en Suárez, presidente desde julio de 1976, el ganador de la segunda mano de la partida. La realidad, sin embargo, es algo más compleja. La documentación interna que hoy conocemos acredita que Suárez trabajó desde el inicio de su primer mandato con la idea de «mantener la tesis y estrategia del Gobierno anterior», como especificaba una circular interna que sintetizaba el contenido del proyecto de Ley para la Reforma Política. La ley abría la posibilidad a un cambio político, pero no lo garantizaba; su materialización dependía del resultado de las urnas, y el ejecutivo utilizó todos los resortes a su alcance para condicionarlo. Entre ellos, el más determinante fue probablemente el establecimiento de la provincia como circunscripción electoral, factor que sobrerrepresentaba las regiones menos pobladas, de voto presumiblemente más conservador.

No obstante, las elecciones no se desarrollaron exactamente como el Gobierno Suárez había planificado. El ejecutivo quiso impedir, primero, que el Partido Comunista pudiera presentarse. Cuando hubo de dar su brazo a torcer en este punto, quiso impedir también que lo hicieran las organizaciones revolucionarias, todavía en la ilegalidad en junio de 1977, éstas hubieron de acudir a las urnas bajo siglas creadas para la ocasión. Asimismo, el presidente se propuso firmemente en julio de 1976 limitar la excarcelación de presos políticos a los que no estuvieran implicados en acciones de violencia contra las personas. Pero también en este aspecto hubo de ceder a la presión de la calle, y terminó excarcelando a la práctica totalidad de los presos de ETA. Todo ello nos indica que el resultado del proceso habría podido resultar democráticamente mucho



Manifestación de protesta en Granada por el asesinato de Javier Verdejo, agosto de 1976 (Archivo de la Transición).

más limitado. Y nos recuerda, de paso, que la movilización y la presión ejercida por la oposición fue determinante para que ello no fuera así. En esta misma línea, fue la pluralidad del voto expresado en las urnas el 15 de junio de 1977, con una importante representación parlamentaria de las izquierdas, lo que hizo que, tras las elecciones, se abriera un proceso constituyente.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

A pesar de la relativamente corta distancia temporal que nos separa de aquel momento, la Transición es, probablemente, uno de los episodios de la historia contemporánea española sobre los que pesan más mitos y equívocos. Es habitual que exista una cierta distancia entre el conocimien-

to acumulado por los especialistas sobre un período o acontecimiento histórico y el imaginario colectivo imperante sobre el mismo, pero en este caso la distancia es, creo, sustancialmente mayor que en otros.

Tal vez el mito más importante —aunque hoy ya algo apolillado— sea el de un Suárez abanderado de la democracia ya desde el momento de su nombramiento como jefe de Gobierno (o incluso antes). Una operación semejante de lavado de la propia trayectoria han protagonizado varios políticos procedentes de la dictadura, que, con la ayuda de hagiógrafos prestos a colaborar, intentaron desteñir retrospectivamente el azul de sus camisas y presentarse como demócratas agazapados entre franquistas. Si los juntáramos a todos, deberíamos concluir —de forma inaudita— que el régimen se sostenía gracias a una elite política mayoritariamente demócrata.

Un segundo tópico de largo recorrido, y

de gran calado social, es el relacionado con el impacto político del *desarrollismo*, al que ya he dedicado algunas palabras anteriormente. Según esta interpretación, atendiendo al nivel económico adquirido y a los cambios sociales de él derivados, la democratización habría sido inevitable. Una lectura no sólo determinista, sino que presupone ignorar la creciente conflictividad social existente desde los años sesenta y la gran explosión movilizadora de 1976.

Precisamente la debilidad de la oposición continúa siendo otro de los tópicos de más arraigo sobre el final del franquismo y la Transición. Pero ¿qué motivó, si no la fuerte contestación social, las detenciones, torturas y condenas de la dictadura? ¿Dónde quedan entonces las docenas de víctimas mortales de la represión?

Esta violencia estatal, junto con las demás violencias políticas presentes en aquellos años —de las que hace ya tiempo que la bibliografía viene haciéndose eco—, impugnan otra de las imágenes que más fortuna hizo en las primeras obras de síntesis sobre la Transición: la de un proceso pacífico, caracterizado por la voluntad de pacto de los actores implicados. Ello sirvió a los autores de aquellas primeras aproximaciones para presentar el caso español de paso de la dictadura a la democracia parlamentaria como «modélico», epíteto que entrañaba una no muy escondida pretensión de legitimación de las instituciones fundamentadas en la Constitución de 1978.

En sentido contrario, desde posiciones críticas —que comparto— con el actual sistema político, se ha tendido a leer la Transición como un cambio lampedusiano, en el que todo cambió para que todo quedara igual. Esta lectura resulta, a mi juicio, pernicioso: si dictadura y democracia parlamentaria son lo mismo, estamos contribuyendo a minimizar —o incluso a banalizar— la violencia y el terror dictatoriales. Que ac-

tualmente se produzcan vulneraciones de derechos en España, como acontece en todas las democracias parlamentarias, no nos puede llevar a equiparar la actual situación con la sistemática y brutal conculcación de derechos imperante durante el franquismo (una de las dictaduras más violentas del siglo XX en Europa).

Algo parecido sucede con el mito del «atado y bien atado», fórmula emparentada con la idea del cambio lampedusiano, pero que le añade un ingrediente extra: la Transición no sólo no habría cambiado nada, sino que se habría desarrollado exactamente como el propio Franco había previsto. Una parte de la crítica que entraña esta interpretación resulta altamente pertinente: la denuncia de la continuidad en las fuerzas armadas, en los cuerpos policiales, en la judicatura o de la propia figura de Juan Carlos. Con todo, atribuir el resultado final de la Transición al dictador supone negar la incidencia de las luchas sociales en el proceso y, peor todavía, menospreciar el coste humano (en forma, ante todo, de víctimas mortales) que tuvo la represión contra estas movilizaciones.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

No puedo hablar del currículum docente preuniversitario con suficiente conocimiento de causa. Sí puedo valorar el nivel con que los estudiantes llegan a la universidad, y no comparto las visiones catastrofistas sobre el sistema educativo. Hay promociones mejores y peores, pero en cada curso hay algún alumno que me sorprende positivamente. Y, entre el profesorado de secundaria, hay gente muy bien preparada y que utiliza metodologías muy sugestivas. Es verdad que, por regla general, el conocimiento con el que el alumnado llega a

la universidad tiene importantes lagunas y, sobre todo, se caracteriza por visiones esquemáticas, poco complejas o estereotipadas. Pero no comparto la mirada condescendiente sobre la secundaria que se tiene a menudo desde el mundo universitario.

Por otra parte, y más allá de las lagunas y sesgos de los manuales de secundaria que, de forma muy pertinente, han señalado algunos compañeros de profesión, creo que hay que poner también el foco en la propia universidad. Al fin y al cabo, los autores de los manuales y los propios docentes de secundaria han pasado por facultades de humanidades o ciencias sociales. ¿Por qué no

fijarnos también en lo que falla allí? ¿Por qué no fijarnos en la precariedad en la que ha vivido y continúa viviendo una parte sustancial del profesorado universitario? ¿Por qué no fijarnos en la práctica de atribuir la docencia presumiblemente menos atractiva a docentes con poca experiencia que no son especialistas en la materia que se les adjudica? ¿Por qué no fijarnos en los cambios reiterados de atribución de docencia de un curso a otro? Todo ello repercute no sólo en la calidad de la formación de los estudiantes actuales, sino también en la de los docentes de secundaria del mañana.